

El espacio de la violencia: un modelo de interpretación social

*Nelson Arteaga Botello**

RESUMEN

Partiendo en un primer momento de la distinción entre las corrientes comprensivas y causalistas en sociología y, posteriormente, de la clasificación sobre las teorías de la violencia propuesta por Michel Wieviorka; el documento plantea un modelo de interpretación que intenta dibujar lo que aquí se ha denominado el espacio de la violencia: un ambiente propicio para ésta por la confluencia de distintos factores sociales, culturales e individuales. De esta forma el documento busca articular algunos paradigmas que han servido tradicionalmente para explicar la violencia pero que resultan parciales si se les considera de manera aislada.

PALABRAS CLAVE: teorías de la violencia, corriente causalista, corriente comprensiva, espacio de la violencia.

RESUMEN

Based initially on the distinction between sociology's comprehensive and causal currents and then on the classification of theories of violence proposed by Michel Wieviorka, the article proposes a model of interpretation that attempts to sketch what has been denominated here the space of violence: an environment propitious for it because of the confluence of different social, cultural and individual factors. In this way, the document seeks to link up paradigms that have traditionally served to explain violence but that are partial if considered in an isolated fashion.

KEY WORDS: theories of violence, causal current [en español, corriente causalista], comprehensive current, space of violence.

* Maestro en Sociología por la Universidad Iberoamericana, candidato a doctor en Sociología por la Universidad de Alicante. Correo electrónico: arbnelson@yahoo.com

canonizará como paradigma de explicación social en el pensamiento marxista –aunque no exclusivamente. De tal suerte que durante la mayor parte del siglo XIX y XX, la violencia ha sido vista como el recurso mediante el cual las clases y grupos desfavorecidos luchan por vencer la violencia de tipo económico y político que les viene de las clases dominantes; es considerada, en gran medida, una fuerza liberadora. En la actualidad, sin embargo, la violencia adquiere poco a poco otra significación. Se considera que ella no es esencial para construir la historia, que no es más que la manifestación de un fracaso, más o menos transitorio, de una solución negociada y pacífica de los conflictos sociales. Esta valoración negativa de la violencia expresa no sólo un cambio en la percepción social, sino una crisis intelectual y política de su papel en la historia (Martuccelli, 2001).

Pero la crisis del proyecto modernidad, en su relación con la violencia, no deja intactos otros de sus presupuestos, entre los que se encuentra, por ejemplo, la idea de una sociedad donde el conflicto queda excluido para siempre. Si los procesos modernizadores siguen su marcha independientemente del proyecto de la modernidad –como señala cierto pensamiento posmoderno– sus efectos también (Foster, 1985; Lyotard, 1989; Habermas, 1989; Calinescu, 1991). La formación de capital y la movilización de recursos, el desarrollo de las fuerzas productivas, la transformación constante de las relaciones de productividad en el trabajo, la implementación de poderes políticos centralizados, la formación de identidades nacionales y locales, la difusión de los derechos de participación política, de formas de vida urbana, la educación formal, la secularización de valores y normas, generan todos ellos efectos desarticuladores en el tiempo y espacio sociales que producen, en última instancia, conflictos y tensiones entre capital y trabajo, entre las distintas escalas de los poderes políticos, en la identidad colectiva, en las formas de representación, en las relaciones sociales, entre quienes se aferran a los nuevos valores y quienes los desprecian. La violencia, por tanto, sólo se puede entender como el resultado de un proceso de constante desorganización social: los cambios en la esfera de la producción, de las instituciones políticas y en los referentes identitarios y culturales, devienen en maquinaria de conflicto. Si bien en esta perspectiva subsiste la idea de que la violencia no es más el camino que permite que la humanidad avance por la historia, tampoco se le considera como un mero accidente, algo que puede ser eliminado

por la refundación de las ligas sociales y a través del crecimiento económico, el empleo y el combate a la pobreza. Si los procesos de desarticulación social siguen produciéndose –y nada parece que por el momento indique otra cosa– se creará un permanente paisaje de conflictos sociales (Wieviorka, 1997). De esta manera, la violencia parece ser inevitable en la sociedad contemporánea porque ella es “siempre el residuo estructural constante no institucionalmente tratado, porque no es institucionalmente tratable, de un estado histórico de relaciones sociales de dominación. Su existencia revela en cierta medida los límites del proceso democrático” (Martuccelli, 2001: 242). La sociología se encuentra, entonces, frente a un fenómeno que requiere un análisis cuidadoso, en tanto que en él se cristalizan una serie de conflictos sociales que no pueden reducirse a explicaciones simples, por lo que se demanda, necesariamente, un repaso de los presupuestos en los que puede sustentarse su explicación.

2. LA TEORÍA SOCIOLOGICA: UNA PROPUESTA DE LECTURA

Para entender la violencia se podrían distinguir dos niveles de análisis en el ámbito de las ciencias sociales: uno que refiere a la explicación causal del fenómeno y, otro, a la comprensión del mismo. Si bien es cierto, esta discusión está relacionada con la clásica “pugna” en ciencias humanas entre explicación (*Erklären*) y comprensión (*Verstehen*)², en tiempos recientes esta discusión tiende menos a enfrentar que complementar: “la explicación científica no es solo causalista, ni sólo teleológica o hermenéutica. El postulado de la complementariedad se va abriendo paso y transitando de un mero deseo a concreciones metodológicas justificadas” (Mardones, 1991: 57)³. Específicamente en la sociológica, las teorías que ponen el acento en la explicación causal de los fenómenos sociales tienden, en mayor o menor medida, a poner

² No es el objetivo de este trabajo hacer un análisis pormenorizado de la discusión, los trabajos realizados al respecto por Habermas (1996), Von Wright (1987) y Mardones (1991) resultan convenientes para poder tener una visión de la discusión entre estas dos formas de interpretar los fenómenos sociales.

³ Habermas apunta, en este sentido, que las dos formas de interpretación no se excluyen porque los intereses que los guían se dirigen en direcciones distintas: la explicación se orienta a generar un “potencial de saber técnicamente utilizable, que se distingue categorialmente del saber orientado al entendimiento intersubjetivo, a que se enderezan las teorías planteadas en términos no-objetivistas” (1996: 475).

un énfasis en la fuerza de las condiciones “estructurales” y “sistémicas”, mientras que las teorías que ponen un mayor celo a la participación del “sujeto” y la “acción” otorgan un cierto privilegio a la comprensión. Por este motivo, el presente artículo busca establecer, en un primer momento, la posición que ciertos modelos teóricos mantienen con respecto a esta discusión, y que sirven de base a los paradigmas que intentan explicar la violencia. No se trata de hacer una revisión de las grandes tradiciones, lo que se busca es dibujar, a grandes líneas, la reflexión que cierta teoría sociológica contemporánea plantea en torno de la relación que tiene, en la interpretación de la realidad, el “sujeto” frente a la “estructura”, la “acción” frente al “sistema”. Ello resulta necesario en la medida en que permitirá clarificar los modelos de explicación de la violencia que se analizarán posteriormente –sus alcances, sus límites–; a partir de lo cual, se propondrá un modelo de interpretación de la violencia que intenta articular, en la medida de lo posible, las corrientes comprensivas y causalistas en la sociología.

3. LA SOCIOLOGÍA: ENTRE LOS DETERMINANTES ESTRUCTURALES Y LA ACCIÓN INDIVIDUAL

El funcionalismo parsoniano, el pensamiento crítico, el análisis de la estrategia y racionalidad de los actores, así como la teoría del conflicto social han generado, en la medida de su desarrollo, un amplio abanico de propuestas que tienden a centrar la discusión en un tema fundamental para la reflexión teórica en sociología, y que para el caso de la explicación de la violencia resultan centrales: ¿qué es lo que permite que las relaciones sociales se produzcan y, más aún, se reproduzcan? y, en el caso que nos ocupa ¿qué es lo que hace posible que surja y se mantenga la violencia? Cada una de las cuatro grandes escuelas ha tratado de establecer un equilibrio al explicar los fenómenos sociales entre las estructuras sociales y la acción individual; con todo, este equilibrio ha sido muy frágil y regularmente se inclina, aunque sea muy débilmente, por uno u otro factor. Como apunta Giddens (1997), quienes se inclinan por cierto imperialismo del sujeto pueden denominarse corrientes comprensivas o constructivistas, mientras que aquellos que ponen por delante la preeminencia del todo social, pueden catalogarse como vertientes estructuralistas. Desde Durkheim esta

cuestión ha estado presente y, a nuestro parecer, es central para poder comprender y explicar la violencia social. Para Durkheim, por ejemplo, la relación entre individuo y sociedad está en función de la relación entre el volumen de la conciencia colectiva y el de la conciencia individual; a igual relación entre los dos volúmenes, debe ejercer una acción tanto mayor sobre el individuo la conciencia colectiva cuando ésta tiene más vitalidad; si sucede en todo caso lo contrario, la conciencia colectiva sólo débilmente conduce a la conciencia individual y, por ende, ésta tenderá a seguir su propia inclinación y la solidaridad social será menor. Cuando la conciencia colectiva ejerce su poder sobre la individual, “el *consensus* es, pues, tan perfecto como es posible; todas las conciencias vibran al unísono. A la inversa, cuanto más generales e indeterminadas son las reglas de la conducta y las del pensamiento, más debe intervenir la reflexión individual para aplicarlas a los casos particulares” (1987: 181). La violencia podría tener aquí uno de sus primeros modelos explicativos, ella resultaría de la fuerza de la conciencia colectiva sobre el individuo: mientras en una sociedad más “conciencias vibran al unísono”, su explicación estaría vinculada al poder que ella ejerce, mientras que existiera una mayor disociación colectiva, la violencia dependería de la variable individual. En todo caso, la interpretación siempre estaría mediada por los factores estructurales e individuales y no habría una fórmula explicativa que permitiera resolver la cuestión, ella dependería del contexto particular de la sociedad y el fenómeno que se analiza.

En la reflexión sociológica contemporánea existe una serie de propuestas que intentan resolver esta tensión. De un lado del espectro se encuentra, por ejemplo, la propuesta del individualismo metodológico a partir del cual la violencia puede ser entendida como un proceso de interacción destructora entre los individuos de una sociedad (Elster, 1991); mientras que, en el otro extremo, se localiza el funcionalismo estructural donde la violencia deviene en un mecanismo de solución de conflictos cuando el sistema social se ha vuelto incapaz de constituir a aquellos como dispositivos inmunológicos que permitan su propia reproducción (Luhmann, 1998a).⁴ Entre ambas propuestas existen, sin embargo, posiciones intermedias que intentan –por decirlo de alguna

⁴ Ciertamente Luhmann rechazaría que su propuesta fuera catalogada en esos términos; su crítica al funcionalismo estructural ha quedado bien clara (Luhmann, 1998a). En este sentido, la adscripción que se le otorga aquí a su perspectiva resulta más nominativa que descriptiva.

forma— conciliar estos dos puntos de vista extremos. La propuesta de Touraine sobre la acción social, donde según el autor, no se puede “comprender totalmente al actor por la sociedad a la que pertenece; es necesario partir de los actores y los conflictos que se les oponen y, mediante los cuales, la sociedad se produce a sí misma” (1986: 97). La violencia se produce, como señala (Touraine 2001), ahí donde el individuo o los grupos sociales se siente amenazados en cuanto sujetos en la vida política y económica, soslayado en sus tradiciones culturales, en una palabra, excluido de la sociedad; su producción y reproducción depende, en todo caso, de la forma en cómo aquélla sea entendida: como reclamo de reconocimiento o como amenaza efectiva. Por su parte, desde una renovada tradición marxista, Bourdieu (1990) señala que la manera de apropiarse y percibir el mundo —que permite a los individuos desplazarse sobre el conjunto social y vivir en él— está compuesta de dos elementos: el primero, que consiste en las condiciones sociales de los individuos; y el segundo, que consiste en las interacciones sociales históricamente constituidas y que componen la memoria del individuo como ente inscrito en una determinada estructura social. El primer elemento puede ser entendido como las condiciones objetivas de la percepción del mundo y, el segundo, como las condiciones subjetivas.⁵ Uno y otro elemento de la percepción del mundo instituyen un imaginario social, conjunto de lo simbólico que da un cierto sentido al mundo social, tanto a la estructura —por ejemplo, una clase social— a la que se pertenece, como al individuo que la forma.⁶

⁵ Bourdieu apunta que “la percepción del mundo social es el producto de una doble estructuración social: por la parte ‘objetiva’ esta percepción está socialmente estructurada porque las propiedades relacionadas con los agentes no se ofrecen a la percepción de manera independiente, sino en combinaciones de muy desigual probabilidad (y así como los animales con plumas tienen mayores probabilidades de tener alas que los animales con pelo, es más probable que visiten un museo quienes posean un gran capital cultural que quienes carezcan de ese capital); mientras que la parte ‘subjetiva’ está estructurada porque los esquemas de percepción y de apreciación susceptibles de funcionar en un momento dado, y en particular aquellos depositados en el lenguaje, son el producto de las luchas simbólicas anteriores y expresan, de manera más o menos transformada, el estado de las relaciones de fuerza simbólicas” (1990: 288).

⁶ Tomando como fuente de reflexión al marxismo, Antonio Negri establece que la acción del individuo es un proceso de autovalorización, donde aquél establece su actuar a partir de la deconstrucción de la realidad presente. La acción del sujeto es al mismo tiempo estructural porque pone en movimiento y de manera recompuesta los elementos que intervienen directamente en él. En este sentido, la acción no sería el resultado ni de la estructura ni del individuo, por el contrario, sería, por decirlo de alguna forma, un tercero: una “operación de acumulación del complejo de la actividad de transformación que el sujeto realiza sobre sí mismo” (1999: 111).

De esta manera las expresiones de violencia están ancladas en las condiciones objetivas en las que se encuentran sumidos los grupos sociales pero, al mismo tiempo, en las “decisiones” estratégicas de los sujetos anclados en dichas condiciones objetivas (Bourdieu, 1977).

Desde una perspectiva más cercana a la teoría de la racionalidad, Crozier y Friedberg apuntan que los actores individuales y colectivos jamás pueden reducirse a funciones abstractas o descarnadas; es decir, las estructuras sociales no determinan de manera directa el actuar de los individuos, simplemente marcan los límites de su acción. Así, “los actores, en su totalidad, son quienes, dentro de las restricciones, a veces muy pesadas que les impone ‘el sistema’, disponen de un margen de libertad que emplean de manera estratégica en sus interacciones con los otros. La persistencia de esta libertad deshace las reglas más sabias y hace del poder, en tanto mediación común de estrategias divergentes, el mecanismo central de regulación del conjunto” (Crozier y Friedberg, 1990: 25). De esta forma, la violencia puede constituirse en un mecanismo de regulación del conjunto social, no tanto por considerarla una estrategia adecuada, sino porque se llega a un cierto reconocimiento de que el ejercicio del poder, vía la negociación a través de las estrategias socialmente reconocidas, resulta incapaz de cambiar las condiciones sociales de ciertos grupos en la sociedad (Crozier, 1980).

Para otros autores, como Norbert Elias, resulta mucho más relevante tratar de superar el uso de los propios concepto de estructura e individuo en la acción social. Según este autor, puede “decirse con seguridad que no será comprensible la relación entre los conceptos a los que llamamos ‘individuo’ y ‘sociedad’ mientras continuemos manejándolos como si se tratase de dos cuerpos con existencias separadas y, además, como cuerpos cuyo estado normal fuera de reposo y que, por así decirlo, sólo entrasen en relación *a posteriori*” (1987: 16). Esta duplicidad puede ser reemplazada, para Elias, por otro concepto: el de figuración. Por este concepto se entiende la imagen “de muchas personas individuales que por su alineamiento elemental, sus vinculaciones y su dependencia recíproca están ligadas unas a otras del modo más diverso y, en consecuencia, constituyen entre sí entramados de interdependencia o figuraciones con equilibrios de poder más o menos inestables del tipo más variado como, por ejemplo, familias, escuelas, ciudades, capas sociales o estados. Cada uno de estos individuos es, como se expresa en términos objetivadores, un ‘ego’ o un ‘yo’” (1982: 16). En este sentido,

el concepto de figuración trata de ver esos entramados de interdependencia que establecen los individuos como un tejido de tensiones. Los individuos deben, entonces, observarse como jugadores en los que su interdependencia no es sólo una relación como aliados sino también como adversarios. La violencia, desde esta perspectiva, puede ser pensada como el resultado de procesos de vinculación complejos entre lo individual y lo colectivo, de tal suerte que los individuos se modifican antropológicamente, interiorizando o exteriorizando sus pulsiones, organizando y ordenando sus afectos y su agresividad en la misma medida en que puede fortalecer o debilitar al Estado o a sus estructuras institucionales de la vida colectiva (Wieviorka, 2001).

Giddens (1995) apunta en el mismo sentido, al argumentar que mientras las sociologías comprensivas se fundan en un imperialismo del sujeto y las corrientes estructuralistas insisten con vigor en la preeminencia del todo social sobre sus partes individuales, sería necesario dar un giro para tratar de entender las prácticas sociales como ordenadas en un espacio y tiempo determinados. Es por eso que este autor señala que, en el análisis social, debemos observar las propiedades por las que se vuelve posible que prácticas sociales discerniblemente similares existan a lo largo de segmentos variables de espacio y tiempo, lo que significa que más que estructura, los sistemas sociales presentan propiedades estructurales, y que una estructura existe, como presencia espacio-temporal, sólo en las actualizaciones de esas prácticas y como huellas mnémicas que orientan la conducta de los agentes humanos. En este sentido es que Giddens propone que más que el concepto de estructura, entendida como reglas o conjunto de relaciones de transformación que se organizan como propiedades de los sistemas sociales, la utilización de la palabra estructuración, en tanto que describe mejor las condiciones que gobiernan la continuidad o transmutación de estructuras y, en consecuencia, la reproducción de los sistemas sociales. La constitución de agentes y de estructuras no sucede en dos conjuntos de fenómenos dados independientemente y no forman un dualismo sino que representan una dualidad. Con arreglo a la teoría de la estructuración, el momento de la producción de la acción es también un momento de reproducción en los contextos donde se escenifica cotidianamente la vida social. De ahí que en la reproducción de propiedades estructurales, los agentes también reproduzcan las condiciones que hacen posible esa acción. Así, la estructura nos puede

revelar tendencias posibles de comportamiento, pero la acción individual puede apegarse o no a esa probabilidad, porque sin menoscabo del comportamiento general del grupo social, siempre existe libertad en las decisiones del individuo. Son entonces tendencias, no reglas de comportamiento, las que podemos encontrar en el estudio de las relaciones entre estructura e individuo desde la perspectiva de Giddens. De esta forma, la violencia, desde esta perspectiva tiende a construirse como un fenómeno que responde a las condiciones estrictamente materiales (económicas y de poder), pero también a factores como la falta de diálogo y solidaridad social; la violencia se detona como una acción estructurante que produce y reproduce en muchas de las veces tanto las condiciones materiales como otro tipo de factores, lo que a su vez hace posible la propia reproducción misma de la violencia.

Con un matiz muy distinto, más del lado estructuralista, se inscribe la propuesta neofuncionalista. Quienes son llamados así tienen algo común que los caracteriza: su revaloración de la sociología parsoniana. Las razones para ello se encuentran cimentadas en la propia dinámica de la teoría social del presente siglo. Después de una reacción en contra de la propuesta teórica parsoniana, encabezada por teorías que ponían el acento en los aspectos microsociales –como la etnometodología– existe, en la actualidad, un intento por rearticular las teorías micro y macro de la acción social, vinculando orden y acción, conflicto y estabilidad, así como estructura y cultura (Alexander y Colomy, 1992). Pareciera ser que las líneas de conflicto se disuelven en un intento por realizar una nueva síntesis (Collins, 1996). Bajo este horizonte, la propuesta neofuncionalista se considera heredera de lo que fue el primer intento de síntesis de la teoría social: el estructural funcionalismo de Parsons. Hay que destacar que, pese a todo, el neofuncionalismo no es un intento por reavivar, sin más, la propuesta parsoniana; si bien mantiene vínculos fundamentales con el trabajo de Parsons, no se concibe como un intento de rescatar su vieja ortodoxia; es más, el neofuncionalismo no es una teoría integrada: “hay muchos desacuerdos entre aquellos que clasificaríamos en este rubro, y algunos, en efecto no dan la bienvenida a la designación general en sí” (Alexander y Colomy, 1992: 198); por lo que se podría decir que posee un carácter amorfo como corriente. Pese a todo, existen características comunes, entre las que destacan, indudablemente, la referencia a un autor específico y a los problemas centrales que dejó abiertos al debate

—sobre todo aspectos que intentaban dilucidar la ligazón entre las acciones individuales con las estructuras sociales; el empleo de conceptos funcionales y de sistemas; el problema del equilibrio en los sistemas sociales—; todos ellos muy ligados a las cuestiones de la acción y el orden social. En su aspecto empírico, el neofuncionalismo es un paquete débilmente organizado alrededor de una lógica general y con un número de proliferaciones y variaciones autónomas en diferentes niveles y en diferentes dominios, entre los que destacan: 1) Aquellos que buscan complementar las descripciones de la “tendencia maestra” con respecto a instituciones crecientemente especializadas desarrollando modelos de las salidas pautadas de esa tendencia; 2) Los que tratan de ir más allá de las explicaciones puramente sistémicas y evolucionistas, tratando de destacar más la contingencia, los grupos concretos, el conflicto, los movimientos sociales, etcétera; 3) Los que analizan el énfasis en el ascenso adaptativo, la inclusión y la generalización de los valores como una de las configuraciones posibles dentro del rango mucho más amplio de resultados de la diferenciación social; 4) Por último, los que realizan una evaluación más crítica de los efectos de la modernidad y sus lados más oscuros.

Las preocupaciones giran, como se puede ver, fundamentalmente no sólo en cómo funcionan las estructuras sociales, sino cómo surgen, se reproducen y, a la vez, se transforman, subordinan y se distorsionan por los propios individuos —y no, como sucedía antes, sólo analizar cómo produce personalidades humanas e individuos para asumir roles.

La propuesta de Alexander no es regresar a la teoría parsoniana, sino más bien un intento por revisarla, al igual que lo ha hecho de alguna manera Habermas en la *Teoría de la acción comunicativa* —desde la perspectiva neomarxista—, así como una amplia estela de autores contemporáneos (Alexander y Colomy, 1992); sin embargo, la propuesta de Alexander va más allá. Al igual que Parsons, la búsqueda de Alexander es la de realizar una síntesis teórica que implique el fin de la guerra entre escuelas; si bien este espíritu ecuménico está profundamente deteriorado y las escuelas que Parsons intentó conciliar se encuentran en una profunda batalla, Alexander no cesa en su interés por realizar un nuevo proyecto en este sentido: que la teoría sociológica contemporánea escape de la infructuosa dialéctica entre Parsons y sus críticos, buscando más bien la interrelación entre éstos y aquel, tratando de superar, de alguna forma, las divisiones entre textos y corrientes. Así

pues, Alexander propone rescatar los énfasis de las teorías anti-parsonianas que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial. De la teoría del conflicto, que este aspecto es más importante que el orden; de la teoría del intercambio, que la relativa igualdad del intercambio es un tópico analítico más significativo que las normas que lo regulan; de la teoría del interaccionismo simbólico y la etnometodología, que los procesos individuales de formación de sentido son más críticos que los temas culturales supraindividuales; de la sociología de la cultura, que los códigos culturales estructurales son más críticos que la contingencia y la necesidad; de la teoría crítica, “que la única modalidad significativa de la teorización social es la que hace de las críticas morales, no de la explicación científica, su meta principal” (Alexander, 1992: 106). Se propone una síntesis, en este sentido, que apunta a la construcción de un análisis multidimensional a partir de los elementos particulares de las teorías antiparsonianas –convirtiendo el énfasis específico de cada teoría unilateral en elementos analíticos de una teoría más grande–, donde toda la variedad de teorías sociológicas rivales se pueda impulsar sin dejar de lado sus intereses particulares y parciales, explicando al mundo social de manera casi total. Donde el análisis particular de la relación entre individuo y estructura tendría que verse como un proceso de interdependencia. El fenómeno de la violencia no tendría, en este sentido, por qué ser la excepción; para Alexander (2000), la incapacidad de las instituciones y las normas sociales para poder sublimar la violencia en formas más simbólicas y abstractas de agresión, produce las condiciones psicológicas y sociales más propicias para la constitución de la violencia como mecanismo viable para la confrontación competitiva de los grupos sociales por los recursos políticos y económicos en las actuales sociedades contemporáneas.

4. INTERPRETACIONES SOBRE LA VIOLENCIA

A partir de este espectro teórico se han desarrollado tres paradigmas centrales desde los cuales se ha explicado tradicionalmente la violencia: uno de carácter funcionalista, otro utilitarista y, finalmente, un tercero de tipo culturalista (Wieviorka, 1988). El primero tendería a pensar la violencia como el resultado de la anomia, la desorganización y la marginación social de ciertos grupos: la violencia puede surgir en cual-

quier momento, particularmente de una forma prepolítica –criminal–, cuando una sociedad entra en crisis o se transforma mientras que, a escala más reducida, los grupos sociales se encuentran excluidos o marginados al mismo tiempo que descontentos por su posición relativa en la escala de la estratificación social. El gran mérito de este paradigma es el de indicar, desde las condiciones del sistema de instituciones sociales, el escenario de emergencia de la violencia; sin embargo, reduce ésta a una mera respuesta a una situación y no señala cómo se construye. No hay que olvidar, por ejemplo, que las crisis pueden también traer la apatía y la desmovilización individual y social (Boudon, 1984).⁷ Así pues, el paradigma funcionalista tiene en gran medida el mérito de establecer las condiciones favorables a la presencia de la violencia, si bien falla en la explicación de su constitución. El segundo paradigma no trata, como el modelo funcionalista, de explicar la violencia como una reacción al ambiente social, por el contrario, considera que aquella es un medio racional para alcanzar un fin; las críticas a esta propuesta son, sin duda, amplias, ya que se le acusa de explicar la violencia como consecuencia de estrategias racionales establecidas por los actores para alcanzar un fin determinado. Si bien es cierto, estas y otras críticas pueden ser esbozadas al planteamiento utilitarista, no puede ser excluida, de principio, del análisis de la violencia; en gran medida porque permite comprender las estrategias, la definición de objetivos y la movilización de recursos que, de alguna u otra forma, llevan a cabo los grupos y los individuos para desencadenar la violencia; en este sentido, el modelo utilitarista puede contemplarse si, constantemente, se delimita su espacio de aplicación dentro del contexto general de acción y no se le considera como el centro del mismo. Por último, la perspectiva culturalista busca localizar las relaciones que hacen posible la creación de una “cultura de la violencia”, ver dónde se forjan las identidades individuales, las ligas de solidaridad y de convivencia pero, de igual forma, analizar cómo adquiere significación la propia violencia en tanto mecanismo fundamental e integrante de las redes sociales. Esta perspectiva tiene el mérito de clarificar las redes de socialización y reclutamiento que permite la producción y reproducción de la violencia; pese a todo, presenta dificultades al explicar el sentido de la acción violenta y de las condiciones sociales que la posibilitan.

⁷ Esto puede observarse claramente en el trabajo sobre los desempleados de la comunidad de Marienthal, en Alemania, que Lazarsfeld y otros investigadores (1996) desarrollaron en el periodo de entreguerras.

Los tres paradigmas ofrecen la oportunidad de explicar ciertos espacios de la realidad social relacionados con la violencia, pero dejan sin tocar otros. Como parte de las grandes corrientes de la sociología clásica, cada uno subraya aspectos distintos de la sociedad; su desarrollo, sin duda, ha estado marcado por la desintegración de la llamada sociología clásica que se constituía a partir de cuatro ejes principales: el funcionalismo parsoniano, el pensamiento crítico, el análisis de la estrategia y racionalidad de los actores, así como la teoría del conflicto social (Wieviorka, 2000).

5. FRACTURA, SÍNTESIS, ARTICULACIÓN

El problema de la violencia, desde una perspectiva teórica, debe incorporar una amplia visión de campo que parta de una reflexión que involucre la relación entre las condicionantes estructurales que “impulsan” a los escenarios de violencia, como a destacar, también, la posición del individuo que actúa como sujeto y que ha evaluado su decisión de actuar de esa manera. Ambas perspectivas se encuentran, hoy en día, a debate y la sociología busca integrarlas de alguna forma. Desde diferentes escuelas y trayectorias intelectuales, se trata de establecer una armonía entre las explicaciones sociológicas estructuralistas y comprensivas. Esto implica que el debate está abierto, porque la complejidad para expresar esta relación no siempre resulta adecuada —aunque hay quienes consideran, como Luhmann, que este es un falso problema que aparentemente resuelve el enfoque sistémico—; el diálogo intelectual sobre el tema es sumamente interesante, en la medida en que abre nuevas perspectivas y desarrollos en la investigación social. La discusión sobre la relación entre estructura e individuo está marcada por la desintegración de la llamada sociología clásica, por lo que, más que establecer líneas cerradas de investigación, es necesario trazar puntos y líneas de unión entre distintas corrientes que permitan orientar a una sociología que se podría llamar “posclásica”,⁸ más allá de algunos atavismos excluyentes de los grandes sistemas de interpretación.

El debate reciente en sociología se encuentra, como se ha visto, frente a una serie de propuestas encontradas. Unas buscan alejarse lo más posible de las interpretaciones funcionalistas a cambio de subrayar la

⁸ Para analizar una propuesta en este sentido, véase Wieviorka (2000).

racionalidad del sujeto (Elster), otras pretenden distanciarse del sujeto para coronar la preeminencia del sistema (Luhmann), algunas más, tratan de mantener un equilibrio entre ambas posiciones (Giddens, Elias), finalmente ciertas propuestas quieren justificar una perspectiva ecuménica (Alexander). Desde aquí, la teoría social se localiza en un *impasse* que tendería a empujar a la sociología a dos campos aparentemente irreconciliables y a posiciones que, pese a su intención integrista, caen de un lado o del otro del espectro teórico (como se ha visto en el primer apartado). La sociología parecería encontrarse, entonces, ante cuatro vías de solución a estos dilemas: la primera, implica la toma de posición en el espectro teórico, lo que lleva a desarrollar sus presupuestos y contradicciones y tratar, en la medida de lo posible, de resolverlos, reconociendo sus limitaciones a la hora de interpretar los fenómenos sociales. La segunda vía buscaría conectar los puntos débiles de una posición teórica con un punto de referencia que se localice fuera, es decir, en otro sistema teórico y completar así las fallas del primero. La tercera pretendería establecer una teoría social que integre individuo y estructura, más allá de los intentos extremos que buscan suprimir ésta última (individualismo metodológico), o expandirla al máximo en un modelo explicativo general (teoría de sistemas). Una cuarta opción iría, sin embargo, en el sentido de desarrollar los presupuestos de cada uno en la medida en que permiten explicar fracciones de la realidad y tratar de establecer puentes con los restantes modelos.⁹ Esta propuesta no pretende un ecumenismo teórico porque no reconoce –como pretende Alexander desde la tradición parsoniana– reconstituir una teoría apoyándose en otra; muy por el contrario, se reconocería la tradición de cada una de las corrientes a las cuales se debe cada modelo de interpretación y sólo *a posteriori* se establecería su articulación bajo el entendido de que no habría una fórmula que permitiera resolver su interacción, ya que ello depende del fenómeno particular a analizar. El resultado sería un modelo de investigación teórica que parte de tradiciones particulares de análisis pero que se modifican al momento de engarzarse unas a otras. En este sentido, la paradoja que Durkheim esbozó en *La división del trabajo social* –al analizar la relación entre el volumen de la conciencia colectiva e

⁹ En cierta medida es lo que, creemos, ha tratado de hacer Wiewiorka (1999) al analizar el fenómeno de la violencia, al considerar al sujeto como punto de partida de toda investigación, como un sujeto que estaría cruzado por las condiciones objetivas (estructurales), racionales (estratégicas) y culturales.

individual–, resulta sumamente actual si la llevamos a la articulación de los modelos de explicación social aquí esbozados: su articulación está firmemente ligada a las condiciones particulares de la realidad a tratar. Por tanto, el modelo que se propone en este trabajo implica un acercamiento que permite articular las propuestas teóricas diversas en una perspectiva que haga posible entender la presencia de la violencia como la conjunción de varios factores relacionados muy estrechamente con la actual conformación de las estructuras sociales y las estrategias individuales.

6. LA VIOLENCIA: UNA PROPUESTA DE INTERPRETACIÓN

Desde este punto de la discusión, Durkheim podría orientar los primeros pasos. Según Collins (1974), aquél establece una conexión entre la violencia y las fronteras morales –valores, símbolos, costumbres, entre otros– que establecen las sociedades y sus grupos. La moral dibuja los espacios de exclusión e inclusión de los individuos frente a una sociedad o determinados grupos; esta conexión puede tener un efecto positivo o negativo. El primero permite castigar las actitudes socialmente penadas por la comunidad, como el homicidio y el robo –reconstituyendo así la solidaridad social–, la violencia tiene en este sentido una fuerte carga punitiva; el segundo es, fundamentalmente, discriminatorio: en tanto que el individuo o los grupos que se encuentran fuera de la comunidad no son considerados como miembros –ya que no comparte las reglas establecidas–; la violencia que se puede ejercer a esas personas está, entonces, moralmente permitida. En este caso se encuentran algunos rituales tribales donde prisioneros de guerra, esclavos y simples víctimas de cazadores, son dados en sacrificio de diferentes formas con el objeto de consolidar o renovar las ligas sociales comunitarias; el sujeto de estos rituales es, regularmente, una persona externa a la comunidad y, por ende, su muerte es aceptada y permitida precisamente porque como individuo se encuentra más allá de las fronteras culturales establecidas por aquélla.

Con la emergencia de las sociedades modernas los lazos de cohesión se han vuelto mucho más universales. Por lo que la clave para entender la violencia está en comprender la estructura solidaria de los grupos y la moralidad que reflejan sus lazos emocionales (Collins, 1974); en otras palabras, la distancia social que generan las fronteras morales.

Aunque realmente esto no explica la aparición de la violencia, en todo caso resulta un mecanismo articulador y organizador sobre el que otros factores –la lucha económica, política, por ejemplo– habrán de “acoplarse”. La reflexión sobre la distancia social como factor de violencia es algo que antecede al propio Durkheim.¹⁰ Alexis de Tocqueville apuntaba ya, en *La democracia en América*, que:

...cuando los cronistas de la Edad Media, pertenecientes todos por sus hábitos a la aristocracia, refieren el fin trágico de un noble, dan muestras de un dolor infinito; pero cuando relatan las matanzas y torturas de la gente del pueblo, pasan sobre ella sin la menor emoción [...] Otro tanto le sucedía a los hombres del pueblo bajo tan pronto como se rompía el lazo feudal. Los mismos siglos que presenciaron tanta y tan heroica abnegación de los vasallos por sus señores, fueron testigos de inauditas crueldades llevadas a cabo de vez en cuando por las clases bajas contra las altas (1994: 142-143).

No será hasta Durkheim cuando la falta de un contacto suficiente o suficientemente prolongado de los segmentos sociales sea caracterizado como un estado de desorganización social, de anomia. Durkheim señala en este sentido: “una función no puede distribuirse entre dos o más partes del organismo como no se hallen más o menos contiguas” y disminuya “la distancia que les separa” (1987: 433-434). La cohesión y la solidaridad social, desde esta perspectiva, serían incapaces de desarrollarse si la distancia entre los grupos sociales fuera profunda –como sucede con el crimen, su caso más extremo.¹¹ Sin embargo el

¹⁰ La distancia social es fundamental para entender la emergencia de la violencia directa porque, gracias a ella, se difumina la idea del Otro en la violencia. Los trabajos realizados por Grossman (1995) en el área de la guerra, muestran la enorme dificultad que representa para un soldado disparar sobre otro; sus estudios exponen cómo la distancia física y psicológica es un factor para romper el freno que inhibe la violencia en la guerra: entre mayor sea, por ejemplo, la distancia física entre el agresor y su objetivo, más fácil es que se produzca la violencia (bombardear con artillería o misiles), mientras que conforme la distancia se reduce, se encuentran mayores resistencias para llevar a cabo la agresión (lucha cuerpo a cuerpo con bayonetas, por citar una situación extrema). Los estudios realizados en el área de la biología han mostrado, también, que existen mecanismos inhibidores en los animales –incluido el ser humano– cuya función consiste en impedir dar muerte a los semejantes –situación que se encuentra directamente relacionada con la conservación de la especie (Lorenz, 1988).

¹¹ Para este autor, el delito es el producto de una diferencia y no el resultado de la división del trabajo social, en todo caso los comportamientos criminales constituyen “la negación misma de la solidaridad, y, por tanto, están formadas por otras tantas actividades especiales. Pero, hablando con exactitud, no hay aquí división del trabajo, sino pura y simple diferenciación, y ambos términos piden no ser confundidos” (1987: 416).

concepto de distancia social será definido por primera vez por Park (1924).¹² Para este autor el término permite apreciar el grado y la calidad de entendimiento e intimidad que caracterizan las relaciones personales y sociales en general; donde el entendimiento y la intimidad como comunicación social estarán profundamente determinadas por el estado que guarda la diferenciación estructural (Park y Burgess, 1969).¹³ La importancia de la reflexión de estos autores radica en la distinción que establecen entre distancia social y la diferenciación estructural; una remite a la construcción de una serie de lazos de entendimiento e intimidad entre los grupos que conforman la escala social y, el otro, a las condiciones objetivas —económicas y políticas— de desigualdad. Siguiendo a Dewey, el pensamiento de la Escuela de Chicago da un sentido sustancial a la comunicación que, de alguna forma, se reflejará en los trabajos de Shaw y Mckay (1942), en particular cuando formulen que la violencia urbana es el resultado que obtienen las comunidades al no poder generar una red estrecha de relaciones sociales.¹⁴ En este sentido, uno de los aportes de la llamada Escuela de Chicago será la de conceptualizar, a través de la figura de círculos concéntricos, la relación de distancia social entre los contactos sociales primarios y secundarios y, a nivel del espacio urbano, la relación entre centro y suburbio. Buena parte de las relaciones sociales será explicada por este mecanismo bajo esta corriente sociológica y sus herederos. Más tarde Galtung (1978a) polemizará con la dicotomía centro/periferia en sus estudios sobre la paz; para él, la distancia social que existe entre los diferentes grupos en una sociedad jerarquizada tiene su expresión en diferencias de rango o relaciones de explotación, ambas que determinan profundamente la violencia; sin embargo, será en los grupos que presentan una frecuente

¹² Park se encuentra situado en un punto intermedio en la construcción del concepto. Es Simmel el primero que pone en juego el término 'distancia social' en su *Disgresión sobre el extranjero* (1986: 716-722), para distinguir el intercambio entre las relaciones primarias —sociales o comunitarias— y las relaciones secundarias —institucionales o sociales. Es a partir de la definición de Park que Bogardus desarrollará el concepto, la primera escala y los indicadores estadísticos considerados como válidos para medir la distancia social (Crull y Bruton, 1979). Si bien el concepto de distancia social se asocia a los estudios urbanos, Park dota a este concepto de un alcance mayor.

¹³ Park apunta en este sentido: "Dado que en sociedad no sólo vivimos juntos sino que al mismo tiempo vivimos aislados los unos de los otros, las relaciones humanas pueden ser siempre analizadas, con mayor o menor precisión, en términos de distancia" (1999: 90).

¹⁴ Para Park y Burgess (1969) la sociología será un punto de vista y un método para investigar el proceso por el cual los individuos son sometidos y someten a otros a cooperar permanentemente.

variabilidad de su distancia con respecto al centro, quienes serán más propensos a desarrollarla –en términos individuales se expresará, por ejemplo, en comportamientos criminales, a nivel de clases en revoluciones y, en el sistema de naciones, a través de la guerra (Galtung 1978b).

Diferencia, distancia social y violencia directa parecen ir de la mano en la reflexión sociológica. Su relación tiene que ver indudablemente con la idea fundacional que establece Durkheim: la relación íntima entre diversas formas de especialización y funciones sociales con los diferentes principios de integración y diferenciación de la sociedad. Esta problemática devendrá en central en una matriz de reflexión que se inaugura con él, pasa por Parsons, Bourdieu y culmina con Luhmann. Efectivamente, como señala Martuccelli (1999), los conceptos de ‘sistema social’, ‘campo social’ y ‘sistemas autorreferenciales’ ponen el acento, aunque con desigual intensidad y en diferente forma, sobre el proceso de diferenciación en que viven las sociedades modernas.¹⁵ La violencia, por otra parte, puede ser para cada una de estas perspectivas, una consecuencia de la falta de integración del sistema social (Parsons);¹⁶ el desajuste entre campos sociales –por ejemplo, entre el económico y el social– que provoca diversos tipos de frustraciones posicionales (Bourdieu);¹⁷ y, por último, la exclusión que lleva al individuo a ser considerado irrelevante como persona (Luhmann).¹⁸ La distancia social permite en este sentido visualizar la relación de identidad, estatus,

¹⁵ Bourdieu utiliza el término de ‘distancia predictiva’, el cual permite establecer la probabilidad de que dos personas ubicadas en estratos sociales diferentes no sólo se encuentren alejadas espacialmente, sino que “...si se encontraran de paso, ocasionalmente y como por accidente, no se entenderán, no se comprenderán de verdad y no se gustarán mutuamente” (1997: 23).

¹⁶ Parsons en este sentido señala: “...la fuente del conflicto puede no tener su origen en el ego, sino serle impuesta al actor como consecuencia de la falta de integración del sistema social mismo” (1984: 266).

¹⁷ Para ejemplificar cómo puede suceder esta falta de integración, citamos el análisis de Bourdieu sobre el mayo del 68: “los lugares donde se observa mayor rebelión en mayo del 68 son los lugares donde la discordancia entre las aspiraciones de estatus ligadas a un origen social elevado y el logro escolar es máximo” (1988: 54).

¹⁸ La idea en este sentido es desarrollada en Luhmann (1998 b). Por su parte Corsi, Esposito y Baraldi apuntan, siguiendo a Luhmann, que “...la exclusión de un subsistema genera un tipo de cadena que lleva al individuo a ser irrelevante como persona. Si se pierde el trabajo se torna difícil mantener la casa, y esto puede conllevar problemas para obtener la asistencia médica y garantizar la educación de los hijos. Esta fuerte integración de la exclusión puede conducir a los individuos a ser considerados cada vez menos como posibles interlocutores; en situaciones extremas, como en los suburbios miserables en las grandes ciudades, puede llegar a ver a los individuos más como cuerpos que como personas...” (1996: 94).

cultura, espacial y personal de los miembros de una sociedad (Schmitt, 1972).

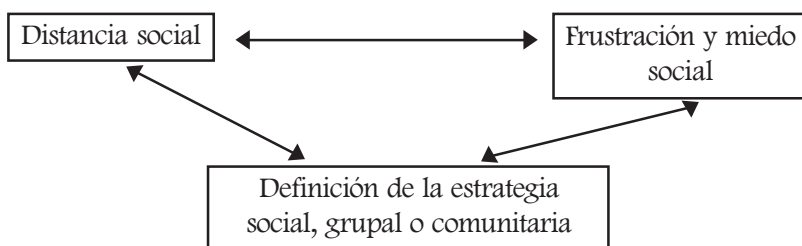
Sin embargo, el paso de la diferencia a la distancia no explica por sí solo cómo surge la violencia; señala, más bien, sus necesarias condiciones y, en todo caso, un terreno favorable para ella. La distancia que producen las distintas fronteras simbólicas entre los grupos puede organizar la forma en cómo se percibe la desigualdad social pero no explica cómo se materializa. Su manifestación está mediada por cuando menos otros dos factores, de los cuales, el primero, está relacionado con la frustración y el miedo. Como señala Rojas, “el crimen florece allí donde reina el desequilibrio entre aspiraciones y oportunidades o existen marcadas desigualdades económicas” (1995: 96).¹⁹ El miedo, por su parte, es la sensación de vacío frente a una situación de peligro que inhibe la sensación de agresión y pone al individuo en riesgo como estrategia para salir de dicha situación. La distancia social es un condicionante moral, por decirlo de alguna forma, la frustración y el miedo una situación coyuntural, ella sale a flote cuando las condiciones del entorno están preparadas para ello.

En este nivel de análisis, la frustración y el miedo encasillan a la violencia como un comportamiento de reacción, de mera respuesta, es prudente por tanto, apuntar otro factor: el análisis de la estrategia que permite llevar a cabo una acción violenta. Efectivamente, el paso al acto de la violencia directa, si bien puede tener como contexto la diferencia y la distancia social, la frustración y miedo, no conviene olvidar considerar los medios —“los preparativos del ataque”— mediante los cuales los individuos y ciertos grupos sociales, con mayor o menor éxito, definen por qué hay que recurrir a la violencia, la forma en cómo precisan sus objetivos, construyen sus proyectos, elaboran sus estrategias y se organizan para llevarlas a cabo. En este sentido, un modelo de explicación como el que se propone aquí puede observarse en la Figura 1. Cada uno de los recuadros no marcaría tanto un estado sino un proceso en constante movimiento: la distancia social permite visualizar los efectos de la diferencia social en el entendimiento o el

¹⁹ Volviendo nuevamente a los estudios realizados en el área de la biología, en ellos se ha podido observar que “se esfuma en nosotros toda compasión y desaparece todo escrúpulo de causar daño cuando nos sentimos atacados por algo que nos da miedo, sea hombre o animal [por tanto] el miedo al armamento del adversario nunca puede ser un factor de apaciguamiento; tal vez pueda impedir momentáneamente que se desaten los instintos agresivos, pero, lejos de mitigar la agresividad, la fomenta” (Lorenz, 1988: 276).

reconocimiento “moral” –en el sentido durkheimiano–, una zona inestable y variable que refleja la desigualdad y la fragilidad de la identidad social;²⁰ mientras que la frustración, el miedo y la ansiedad son elementos que potencian la agresividad, la cual se materializa una vez que las personas o los grupos establecen una estrategia para acceder a los recursos que les permiten cumplir sus objetivos –superar el miedo y la frustración. Cuando la dinámica de la violencia ha sido puesta en marcha, la distancia social se acentúa, con lo que el ciclo vuelve a

Figura 1
El espacio de la violencia



comenzar profundizando el miedo y expandiendo los recursos disponibles para enfrentarla, paradójicamente, con más violencia.

Estos tres momentos del espacio de la violencia articulan, en gran medida, los tres paradigmas que han servido para explicarla: el funcionalismo, el utilitarismo y el enfoque culturalista. Cada una de estas perspectivas pone el acento en distintos aspectos de la realidad. El primero, pondría el énfasis en los condicionantes estructurales; el segundo, en las estrategias, la definición de objetivos y la movilización de recursos que, de alguna u otra forma, llevan a cabo los grupos y los individuos para desencadenar la violencia; mientras que, el tercer modelo, buscaría explicar las relaciones que hacen posible la creación de una “cultura de la violencia”, en la que se forjan las identidades individuales, las ligas de solidaridad y de convivencia. De estos tres momentos, aquellos que ponen el énfasis en la explicación de tipo condicional no tienen como objetivo, siguiendo a Weber, hacer un recuento finito de las condicionantes que producen la violencia; eso

²⁰ En este sentido la distancia social no puede ser considerada como un mecanismo que divide a la sociedad en dos o más partes, con las limitantes interpretativas que ello trae consigo. El término permite más bien distinguir grados de extrañamiento entre grupos o individuos.

sería imposible, ya que como este mismo autor apunta, el número y la índole de las causas que determinan cualquier evento analizado “son siempre infinitos, y nada hay en las cosas mismas que indique qué parte de ellas debe ser considerada [...] Sólo determinados aspectos de los fenómenos individuales, siempre infinitamente múltiples –es decir, aquellos a los cuales atribuimos significación cultural general–, son por tanto, dignos de ser conocidos, y sólo ellos son objeto de explicación causal” (1993: 67). Por lo tanto, la explicación (*Erklären*) de los fenómenos sociales es un medio por el cual podemos interpretar la realidad, pero resulta insuficiente; por ello es conveniente comprender el conjunto de comunicaciones con sentido que, alrededor del fenómeno de la violencia, establecen entre sí los integrantes de una sociedad. El espacio que se le otorga al sentido que los sujetos dan a la violencia resulta, en gran medida de una centralidad a destacar, porque es precisamente en ella donde puede dilucidarse el sentido que los hombres otorgan a los fenómenos de los que forman parte y en los que pueden, de manera determinada, influir y modificar.

7. A MODO DE EXPLORACIÓN FUTURA

Las distintas corrientes de la sociología dan interpretaciones diferentes o a veces complementarias, pero insuficientes, de la violencia. Como apunta Wiewiorka (2000), los pilares constitutivos de la sociología clásica han puesto énfasis, a veces muy marcado, en las condiciones estructurales, utilitarias o culturales que hacen posible la violencia; su parcialidad permite explorar ya sea sobre los procesos de desestructuración social, el cálculo estratégico y los ambientes simbólicos. Sin embargo, resultan insuficientes. Las teorías más contemporáneas tratan de superar estas limitaciones, aunque sus preocupaciones, al no girar necesariamente sobre la explicación de la violencia, no han permitido estructurar una propuesta acabada sobre la misma. Cierto es que quienes como Wiewiorka (1988; 1999), Dubet (1987) o Kepel (2000) –por mencionar sólo algunos autores–, han realizado una propuesta para explicar la violencia en general, en ciertos grupos sociales como los jóvenes, o el terrorismo, han puesto un particular interés por analizar las condiciones estructurales, culturales e individuales que se encuentran detrás de la violencia.

Con todo, esta estrategia metodológica requiere a su vez un planteamiento más a detalle que en muchas ocasiones pasan por alto los investigadores. Este documento quiere ser una primera exploración en este sentido. La sociología después de haber sobrevivido al embate de las teorías de la acción racional y de las distintas corrientes posmodernas; después de sobrevivir al *shock* del individualismo y del impulso de las perspectivas sistémicas, debe plantearse la necesidad de rearticular sus perspectivas clásicas, no con el fin de establecer un renovado ecumenismo a la manera de cierto neofuncionalismo, sino para retomar el énfasis que cada teoría subraya a fin de establecer puentes de comunicación entre ellos, en función de los fenómenos particulares que se analicen y no partiendo de una fórmula predetermined. El resultado, creemos, sería un modelo de investigación teórica que parte de tradiciones teóricas muy sólidas pero que se modifican al momento de engarzarse unas a otras. De esta forma, la discusión sobre la relación entre estructura e individuo no se cancela, se complejiza en la medida en que la discusión teórica se enriquece con la investigación más de carácter empírico.

El fenómeno de la violencia puede ser un campo favorable para desarrollar de manera positiva esta discusión, ya que este fenómeno no puede ser reducido a un mero efecto objetivo –en tanto que expresa la construcción de una subjetividad particular de los individuos–, por lo que se hace necesario deslizar la investigación, también, hacia la forma en cómo un número determinado de grupos sociales lee, significa y utiliza la violencia. De ahí que explorar sobre la forma y sentido que adquiere la violencia en las sociedades contemporáneas y en particular en México, en tiempos recientes, necesariamente tiene que construir un boceto general de interpretación que haga posible articular, en primer lugar, las condiciones estructurales –sociales e institucionales– que han permitido un caldo de cultivo favorable a la distancia social y, por ende, a la violencia, poniendo atención a la evaluación que hacen de aquélla los distintos actores para, finalmente, comprender la constitución de una serie de valores y símbolos fuertemente arraigados a los fenómenos de la violencia. De tal suerte que habría un constante recorrido entre el análisis explicativo de la violencia, como en aquel que hurga en el sentido que dan a ella los individuos, grupos e instituciones sociales.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, Jeffrey
 1992 *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial: análisis multidimensional*, Gedisa, Barcelona.
 2000 *La réduction: critique de Bourdieu*. Les editions du Cerf. París.
- Alexander, Jeffrey y Paul Colomy
 1992 “El neofuncionalismo hoy; reconstruyendo una tradición teórica”, en *Sociológica*, núm. 20, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México.
- Boudon, Raymond
 1984 *La place du désordre*, Presses Universitaires de France, París.
- Bourdieu, Pierre
 1977 *Outline of a theory of practice*, Cambridge University Press, Cambridge.
 1991 *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid.
 1988 *Cosas dichas*, Gedisa, Buenos Aires.
 1990 *Sociedad y cultura*, CONACULTA, México.
 1991 *El sentido práctico*, Taurus, Madrid.
 1997 *Razones prácticas; sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona.
- Calinescu, Matei
 1991 *Cinco caras de la modernidad: modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, posmodernismo*, Tecnos, Madrid.
- Collins, Randall
 1974 “Three faces of cruelty: towards a comparative sociology of violence”, en *Theory and Society*, Vol. 1, núm. 4; pp. 415-440.
 1996 *Cuatro tradiciones sociológicas*, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Corsi G, Elena Esposito y Claudio Baraldi
 1996 *Glosario sobre la teoría social de Niklas Luhmann*, Anthropos-UIA-ITESO, México.
- Crozier, Michel
 1980 “La crise des régulations traditionnelles”, en Mendras H. (ed.) *La sagesse et le désordre*, Gallimard, París.
- Crozier, Michel y Erhard Friedberg
 1990 *El actor y el sistema: las restricciones de la acción colectiva*, Alianza Editorial Mexicana, México.
- Crull, Sue y Brent Bruton
 1979 “Bogardus social distance in the 1970s”, en *Sociology and Social Research*, Vol 63, núm. 4; pp. 771-783.
- Dubet, Fraçoise
 1987 *La galere: jeunes en survie*, Fayard, París.

Durkheim Emilio

1987 *La división del trabajo social*, Akal, Madrid.

Elias, Norbert

1982 *Sociología fundamental*, Gedisa, Barcelona.

1987 *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, México.

Elster, Jon

1990 *Tuercas y tornillos: una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, Gedisa, Barcelona.

1991 *El cemento de la sociedad; las paradojas del orden social*, Gedisa, Barcelona.

Foster, Hal

1985 “Introducción al posmodernismo”, en Hal Foster (comp.), *La posmodernidad*, Kairós, Barcelona.

Foucault, Michel

1997 “Il faut défendre la société”, *Cours au Collège de France, 1976*, Gallimard/Seuil, Paris.

Galtung, Johan

1978a *Essays in peace research*, Vol. 1, International Peace Research Institute, Bucarest.

1978b *Essays in peace research*, Vol. 2, International Peace Research Institute, Bucarest.

1978c *Essays in peace research*, Vol. 3, International Peace Research Institute, Bucarest.

Giddens, Anthony

1990 *La teoría social hoy*, Alianza Editorial, Madrid.

1995 *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*, Amorrortu, Buenos Aires.

1997 *Política, sociología y teoría social*, Paidós, Barcelona, España.

2000 *En defensa de la sociología*, Alianza Editorial, Madrid.

Grossman, Dave

1995 *On killing. The psychological cost of learning to kill in war and society*, Little, Brown and Company, Boston-Nueva York-Toronto-Londres.

Habermas, Jürgen

1989 *El discurso filosófico de la modernidad: (doce lecciones)*, Taurus, Madrid.

1996 *La lógica de las ciencias sociales*, Tecnos, Madrid.

Kepel, Gilles

2000 *Jihad, expansion et déclin de l'islamisme*, Seuil, Paris.

Lazarsfeld, Paul, Hans Zeisl y Marie Jahoda

1996 *Los parados de Marienthal. Sociografía de una comunidad golpeada por el desempleo*, La Piqueta, Madrid.

- Lorenz, Konrad
 1988 *La acción de la naturaleza y el destino del hombre*, Alianza Universidad, Madrid.
- Luhmann, Niklas
 1997 *Teoría política en el Estado de bienestar*, Alianza Universidad, Madrid.
 1990 *Sociedad y sistema*, Paidós, Barcelona.
 1996 *Introducción a la teoría de sistemas*, UIA-Anthropos-ITESO, México.
 1998a *Sistemas sociales*, Universidad Iberoamericana-ITESO-Universidad Pontificia de Chile, México.
 1998b *Complejidad y modernidad: de la unidad a la diferencia*, Editorial Trotta, Madrid.
- Lyotard, Jean-François
 1989 *La condición posmoderna*, Cátedra, Madrid.
- Mardones, José María
 1991 *Filosofía de las ciencias humanas y sociales; materiales para una fundamentación científica*, Anthropos, Barcelona.
- Martuccelli, Danilo
 1999 *Sociologies de la modernité; l'itinéraire du XX siècle*, Éditions Gallimard, Paris.
 2001 *Domination ordinaires; explorations de la condition moderne*, Balland, Paris.
- Negri, Antonio
 1999 "General Intellect, poder constituyente, comunismo", en Antonio Negri y Felix Guattari, *Las verdades nómadas & General Intellect, poder constituyente, comunismo*", Akal, Madrid.
- Park, Robert E.
 1924 "The concept of social distance: as applied to the study of racial relations", en *Journal of Applied Sociology*, núm. 8.
 1999 *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*, Ediciones del Serbal, Barcelona.
- Park, Robert E. y Ernest Burgess
 1969 *Introduction to the science of sociology*, The University of Chicago Press, Chicago.
- Parsons, Talcott
 1984 *El sistema social*, Alianza Universidad, Madrid.
- Rojas Marcos, Luis
 1995 *Las semillas de la violencia*, Espasa-Calpe, Madrid.
- Rotker, Susana
 2000 "Ciudades escritas por la violencia (a modo de introducción)", en Susana Rotker (ed.) *Ciudadanías del miedo*, Nueva Sociedad/The State University of New Jersey, Caracas.

Schmitt, Madeline

1972 "Near and far: a reformulation of the social distance concept", en *Sociology and Social Research*, Vol. 57, núm. 1, pp. 85-97.

Shaw, Clifford y Henry Mckay

1942 *Juvenile delinquency and urban areas*, University of Chicago Press. Chicago.

Simmel, Georg

1986 *Sociología 2: Estudios sobre las formas de socialización*, Alianza Universidad, Madrid.

Tocqueville, Alexis

1994 *La democracia en América*, Alianza Editorial, Madrid.

Touraine, Alain

2001 *¿Podremos vivir juntos?* Fondo de Cultura Económica, México.

Vigarello, Georges

1998 *Histoire du viol; XVI^e-XX^e siècle*, Éditions du Seuil, París.

Weber, Max

1993 *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires.

Wieviorka, Michel

1988 *Sociétés et terrorisme*, Fayard, Francia.

1999 *Violence en France*, Seuil, París.

1997 "Culture, société et démocratie", en Wieviorka, Michel (coord.) *Une société fragmentée? Le multiculturalisme en débat*, La Découverte, París.

2000 "Sociologie postclassique ou décline de la sociologie?", en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, Vol. 108; 5-35.

2001 *La différence*, Balland, Francia.

Wright, Georg Henrik Von

1987 *Explicación y comprensión*, Alianza Universidad, Madrid.



